

BIBLIOGRAFIA

Saint Jean. L'Apocalypse, par le P. E-B. ALLO des Frères Prêcheurs, Professeur a l'Université de Friburg (Suisse). Paris. Librairie Victor Lecoffre J. GABALDA, éditeur. Rue Bonaparte, 90, 1921.

Este magnífico tomo en 8º francés (en España 4º mayor), con sus 248 nutridas páginas de introducción y 334 de texto griego, traducción literal, crítica textual y comentario, y además índices (de materias, analítico de las palabras principales por orden alfabético, de obras citadas, de autores y de palabras griegas que han merecido especial observación, desde la página 335 hasta la 369), pertenece a la conocida serie *Études Bibliques* y está presentado en la misma forma que los otros volúmenes, con la diferencia de ser más ancha y más llena la caja tipográfica, para dar lugar al abundante material de trabajo. Y es lo primero que agradablemente sorprende a quien empieza a recorrer las páginas de este jugoso estudio. Sólo la introducción con sus 15 capítulos, llenos de interés y atractivo por tratarse en ellos las cuestiones más importantes y difíciles de este misterioso libro, como, por ejemplo, la tan debatida hoy de los materiales simbólicos del Apocalipsis, (cap. V), la autenticidad de las visiones y la cuestión de las fuentes (capítulo XII), es un vestíbulo regio de la obra. El comentario, precedido de la letra C va formando la franja inferior del texto griego y francés que van, de ordinario, en la página par e impar respectivamente, y es sobrio y vigoroso. Con el comentario se entremezcla, aunque aparte siempre y distinguido con las letras A y B, el aparato filológico y crítico y las observaciones de análogo carácter. Es lástima que el margen superior sea un margen muerto donde solamente se lee el título supérfluo *Apocalypse de Saint Jean*. De ahí que, cuando en el transcurso de la obra hay citas de otros capítulos, se siente la molestia de no hallarlas tan pronto como se quisiera. También me hubiera agrado que al comentario se diese más relieve que a las observaciones filológicas o críticas, por medio de la tipografía. No podrán menos de llamar la atención por lo eruditos e instructivos los *Excursus* o notas amplias agregadas a muchos de los capítulos o partes de ellos hasta el respetable número de XXXVIII. Aun sólo esta parte de la obra sería más que suficiente para probar su relevante mérito.

Y con esto creemos haber dado una idea general de la *forma externa* del libro.

Para dar idea del riquísimo contenido, más que una reseña bibliográfica, sería necesario escribir una serie de artículos. Y es fácil que efectivamente la aparición de esta obra sugiera a los escritores de materias bíblicas interesantes artículos que giren en torno de ella, ya aprobando y corroborando la mayor parte de sus opiniones, ya discutiendo algunas otras, que en materia tan obscura, siempre serán objeto de las disputas de los hombres. Lo que nadie podrá discutir, así lo creemos sin vacilar, es la competencia eximia del autor que se echa de ver desde las primeras páginas. Los primeros capítulos de la introducción, que se va desenvolviendo sin esfuerzo como la tranquila corriente de un río caudaloso, demuestran desde luego al lector la maestría y firmeza de la mano que los escribe.

Lo primero y principal que deseará saber quien leyere esta reseña, será indudablemente (por ser la cuestión más fundamental en este asunto), cuál es el *sistema que sigue el autor* entre los tres principales a que se reducen los adoptados para la explicación del Apocalipsis. (Véase Cornely, Introd., t. III, p. 718-731; Vigouroux, Dictionn. de la Bible, Apocalypse; y cualquiera de las demás Introducciones, como Brassac, Schaefer-Meinerzt, Gutjahr, Jacquier, etc.) Por fortuna, el P. Allo, después de una nutrida lista de los principales comentadores, cuyos sistemas y méritos critica brevemente, expone con gran claridad en otro artículo el sistema que adopta con el epígrafe: Nuestro método de interpretación. He aquí lo más sustancial fidelísimamente traducido:

«Todos los sistemas ortodoxos están de acuerdo en que el Apocalipsis representa las últimas fases de la lucha del Bien contra el Mal, después de la Encarnación, con el desenlace del triunfo eterno del Cristo y de la Iglesia. Ticonio, abstracción hecha de su donatismo, San Agustín, con su perpetua oposición de las Dos Ciudades, y los intérpretes latinos o medievales, que los siguieron, son quienes dieron mejor la fórmula del sistema. Al mismo tiempo el Apocalipsis es un libro de enseñanza espiritual como en buen número de sus explicaciones supieron más o menos felizmente hacerlo notar los primeros Padres (San Ireneo, etc.) y luego Andrés de Cesarea y la mayor parte de los intérpretes católicos.

»El Apocalipsis es esencialmente escatológico. Muy bien lo comprendieron los autores más antiguos, San Ireneo, San Hipólito, y se dieron cuenta que los últimos tiempos se ligaban sin solución de continuidad con su época, esto es, con la edad del Imperio romano. Engañábanse sin duda al creer el fin próximo y al retrasar el milenio, comprendido demasiado literalmente, al tiempo posterior a la derrota del Anticristo; mas su concepción, aparte del quiliasm, era en sustancia más justa que la de los modernos, que pretenden que San Juan no hizo caso de todo el largo intervalo que de-

bía separar su propia época de los últimos años del mundo. Para nosotros, San Juan, siguiendo la analogía del estilo profético y neotestamentario, abarca toda la Historia de la Iglesia como comprendida en los «últimos tiempos», es a saber, el último período de la peregrinación de la humanidad sobre la tierra. Aunque parezca ella dominada por el poder de las Bestias (*cabeza herida y curada, las astas, Babilonia*), en realidad Cristo es el que en ella reina (Milenio). Las Bestias y las astas son los agentes perpetuos del Dragón, ya virtualmente vencido y atado, como lo expuso San Agustín, y como está dispuesta a reconocerlo cada vez más la generalidad de los exégetas creyentes.

»Ni esto es decir que la revelación no contenga profecía alguna precisa y que en ella todo se reduce a tipos. Indudablemente no se ha de ver en ella con Nicolás de Lira, Cocceio, Holzhauser, etc., una historia en imágenes de las peripecias que en diversas épocas atraviesa la Iglesia, dado que el libro es ante todo una «filosofía de la historia religiosa» para todos los tiempos; pero Juan predijo claramente el carácter y las fases de la lucha comenzada en su tiempo, y la caída del imperio pagano, la ruina de la Roma perseguidora, tipo de todo poder que en pos de ella se opondrá al Cristo. Esto es lo que constituye, después que lo hubieron vislumbrado los antiguos, el valor especial de los comentarios de Alcázar y de Bossuet, amiorado por haberlo ellos querido precisar en demasia, y mezclando arbitrariamente predicciones sobre la nación judía... El peor de los emperadores romanos, Nerón, fué para él el tipo mismo del Anticristo; y aun se puede creer que Victorino seguía en este punto una tradición (que él entendió de un modo demasiado literal), y que Mariana y los modernos hallaron aquí una verdadera clave de interpretación. Pero he ahí casi todo lo que se puede conceder a la escuela *histórica* (*zettelgeschichtlich*).

»Por último, para comprender el enlace de las escenas apocalípticas, es bueno no desdeñar demasiado la «teoría de la recapitulación», de Victorino y Ticonio, admitida por San Agustín...» Desde que Henten determinó bien la separación de dos secciones proféticas entre los capítulos XI y XII, parecía cierto que Juan repite en la segunda, desde otro punto de vista—lo cual hace que la recapitulación no sea ociosa—y siempre con un paralelismo muy marcado en la forma (visiones preparatorias: sellos, ángeles anunciadores, siete trompetas, siete copas), los sucesos ya profetizados de modo más general y más esquemático en la primera. Extendiendo y purificando una concepción ya antes presentida por Brightman y Mede, puédese tener por cierto, que en la primera sección profética San Juan mira los acontecimientos del porvenir con relación al mundo en general, y en la segunda los considera más especialmente con relación a la Iglesia, sin que por eso dejen de ser los mismos acontecimientos.

»Es preciso, en último lugar, dar la parte que les toca a los exégetas que,

con Gunkel y después de él, se han adherido a los sistemas de la «historia de las tradiciones» y de la «historia de las religiones», y aun a los «astronómistas». A pesar del exaltado subjetivismo de muchos de ellos, descubren acá y allá rayos de luz para la inteligencia de más de un símbolo, a lo menos en sus orígenes materiales e históricos.»

Bien se ve que toda cautela es poca en este último punto y el autor procede con justa severidad.

Para muestra más concreta de la obra, elegiremos unos puntos de especial interés. Con singular energía prueba la tesis tradicional que establece la *identidad de Juan, autor del Apocalipsis, y el Apóstol San Juan*. Donde resuelve la objeción tomada de San Dionisio Alejandrino con su famoso «postulado» de otro Juan, por su deseo de oponerse radicalmente a los Milenaristas. Y nótense de paso que San Dionisio de Alejandría está tan lejos de favorecer la opinión de los que buscan en el documento ambiguo de Papías (Eus. H. E. III, 39, 3), otro *presbítero Juan*, distinto del Apóstol, que cabalmente quiere sea el Apocalipsis de distinto autor que el Apóstol, porque el Apóstol es para él *Juan el presbítero*, a quien pertenecen las epístolas y el Cuarto Evangelio. Ahora bien, los que en el texto de Papías quieren entrever otro *Juan presbítero* distinto del Apóstol, deben probar nos la existencia, no de un *Juan cualquiera*, sino de uno *llamado el presbítero Juan*, y tal que se pudiera confundir en Éfeso con el Apóstol. De lo cual no solamente no hay rastro alguno, sino que, además, este texto de San Dionisio, que ellos mismos suelen alegar es, si bien se examina, un arma contra ellos, toda vez que para San Dionisio no hay más presbítero Juan que el Apóstol que a sí mismo se apellida con este nombre: el *Presbítero=El Anciano*.

La diferencia del estilo entre el Apocalipsis y el Cuarto Evangelio, dificultad que principalmente urgía San Dionisio Alejandrino y claramente vieron los demás Padres, la examina con gran amplitud y concluye vigorosamente que, prescindiendo de algunas particularidades en la gramática y en el vocabulario, son idénticas otras propiedades de mayor relieve, como «la lengua», «la doctrina y el sello característico de su exposición»; verbiplacencia el Logos, los modos de ver sintéticos, la trascendencia de la escatología. Además, la misma crítica literaria no puede menos de reconocer en ambos escritos la misma «imaginación», el mismo «arte reflejo». Con todo eso, no se puede negar que el Cuarto Evangelio y las dos epístolas están mucho mejor elaborados... ¿Cómo explicar, pues, la diferencia? ¿Será debida a la distancia del tiempo entre ambos escritos, por ejemplo, diez años, que algunos quieren? Esto lleva al autor a estudiar la época de composición del Apocalipsis y resuelve, después de concienzudo trabajo, que el Apocalipsis se escribió en los últimos años de Domiciano. Y si el año 95 no sabía bien la lengua, después de tantos años de ejercicio de ella, no es de creer que en el

espacio intermedio hasta la composición del Evangelio (que ya no puede ser grande, sino a lo más como de cinco años) se perfeccionara tanto. Restan dos conjeturas. Primera, que en la composición posterior del Evangelio y epístolas tuviera a su disposición un buen amanuense que corrigiera en la redacción los solecismos, según el Apóstol iba dictando. Lo que muy bien pudo tener en Éfeso, después del destierro, no lo tuvo en Patmos. Segunda, que supuesta su capacidad de escribir con pureza el griego, el Apocalipsis lo dejó sin pulir, tal como salió de su pluma, con sus semitismos y solecismos. Confieso que me parece mejor la primera conjetura. La segunda tiene una dificultad que parece grave, si se atiende a la elaboración del plan de todo el libro. Quien pudo darle tal unidad y ajuste, no parece que habría de descuidar en tanto grado faltas gramaticales de tan grueso calibre.

Cuestión delicada en el Apocalipsis, a causa de la forma literaria, es *la autenticidad de las visiones*. El P. Allo la resuelve con gran decisión y valentía en el sentido tradicional, y la explica satisfactoriamente, respondiendo a la objeción tan traída y llevada de la semejanza con otros símbolos. Las visiones fueron *reales*, fuesen imaginarias, fuesen intelectuales, y el autor hubo de buscar o en el ambiente o en sus propios recuerdos personales, el modo de dar forma plástica, bajo el influjo siempre de la divina inspiración, a aquellas visiones virtualmente múltiples, cuyo sentido trataba de traducir en el lenguaje humano.

Aunque es corto el espacio de que puedo disponer, me veo precisado a satisfacer la legítima curiosidad que a todo lector asalta cuando oye hablar del Apocalipsis: ¿Cómo se explica en este libro el *Milenarismo*? ¿Qué se dice en él acerca del *Anticristo*?

La primera pregunta está casi satisfecha indirectamente en lo que el autor nos ha dicho de su sistema de interpretación.

Ante todo, el milenio o espacio de mil años de que habla San Juan en el cap. XX, no es un cuadro desprendido de las demás visiones del libro, sino algo que está en perfecta armonía y formando un cuerpo con ellas. El número no debe entenderse en sentido aritmético material. Representa el día de Dios, el sabatismo. El reino tampoco es algo material, ni la ciudad milenaria es una ciudad terrena en su sentido grósero. El Milenio «es simplemente la figura de la dominación espiritual de la Iglesia militante, unida a la Iglesia triunfante, desde la glorificación de Jesús hasta el fin del mundo» (pág. 301). La *resurrección primera* es la resurrección *sobrenatural*, que lleva consigo la vida de la gracia para la Iglesia militante, y la vida de la gloria para la triunfante: los mártires, etc. Todos los justos, sean los glorificados en el cielo, sean los que luchan en la tierra, reinan con Cristo en este espacio de mil años, o sabatismo espiritual, y esperan la *resurrección segunda* universal, en la cual los que ahora tienen la muerte primera del pecado, recibirán la *muerte segunda* de la condenación.

No hay, pues, *sucesión* cronológica, sino *simultaneidad* entre las realidades del reino Milenario y las de las visiones precedentes.

El autor no admite que el Milenarismo se haya de contar solamente a partir de la paz de Constantino. Otros juzgan lo contrario, pero realmente no se ve, admitiendo el Milenarismo en sentido espiritual, por qué la misma época de persecución no haya de ser de triunfo. Por lo que hace al texto no hemos de olvidar los efectos de perspectiva en los escritos proféticos.

El Anticristo «el hombre de la iniquidad», según San Pablo, ¿es una persona *individual* o una *colectividad* personificada? El autor se inclina a lo último. «Puede ser una serie corta o larga, no lo sabemos, de agentes personales que trabajan en favor de Satanás, la cual, acaso, termina en un personaje principal, de quien tomaría nombre toda la serie». Es muy interesante el estudio que el autor dedica a este punto. Sólo añadiremos, por nuestra parte, que, bien probado como nos parece lo del Anticristo colectivo, no se puede prescindir del Anticristo personal, que encarne en sí todo el carácter satánico de la persecución. Por lo mismo que el Apóstol San Pablo supone que, en su tiempo, ya obraba el misterio de la iniquidad, y, sin embargo, insiste en que todavía no se ha revelado el hombre de la iniquidad que ha de preceder a la parusia; supone también que el Anticristo es una persona que todavía no ha venido, o, si se quiere, una fase de recrudecimiento extraordinario de la persecución anticristiana, que resume en sí todos los odios de los perseguidores.

No podemos seguir al autor en las interesantísimas cuestiones del número de la bestia y otras varias.

**

Lo dicho bastará para que los lectores de esta nueva Revista se persuadan de la importancia excepcional de la obra que reseñamos, en la cual todos, aun los que no sigan el sistema del autor, hallarán gran caudal de preciosa doctrina y riquísima erudición bíblica.

F. OGARA.

Theologica de Ecclesia.—Auctore MICHAEL D'HERBIGNY, S. J. I. *De Deo Universos evocante ad sui regni vitam, seu de Primaeva Ecclesiae Institutione.* (IV-284 pp. en 4.^o, 12 francos). II. *De Deo Catholico Ecclesiam organice vivificante seu de hodierna Ecclesiae Agnitione.* (VI-360 pp. en 4.^o, 18 francos).

Con sumo placer hemos leído la segunda edición de la *Theologica de Ecclesia* del Rdo. P. Miguel d'Herbigny, de la Compañía de Jesús. En tiempo de la guerra publicó el esclarecido autor la primera edición que tuvo una corta tirada de ejemplares; en septiembre de 1920 apareció el primer tomo y en 1921 el segundo de esta nueva, que sale corregida y aumentada. Inti-

túlase el primer volumen *De Deo Universos evocante ad sui regni vitam, seu de Primaeva Ecclesiae Institutione*, y constituye la primera parte de la obra, que comprende 16 tesis; el segundo se denomina *De Deo Catholicon Ecclesiam organice vivificantem, seu de hodierna Ecclesiae agnitione*; forma la segunda parte de la misma y contiene 23 tesis, con un apéndice sobre el enlace que existe entre el Tratado de la Iglesia, y el de la Tradición. En la primera parte se estudian la Iglesia primitiva, su institución, perpetuidad y necesidad para salvarse. En este punto ocurre una dificultad: Hay muchas Asociaciones religiosas, entre sí contrarias, que se glorían de ser la Iglesia de Cristo; ¿cuál de ellas es la verdadera?

Trátase de esta importantísima cuestión en la segunda parte, en la que se examinan las siguientes materias: Si entre las predichas Asociaciones se puede distinguir la legítima Iglesia de Cristo y de qué modo. Cuál de ellas conduce al fin que Dios se propuso con la misión de Cristo e institución de la Iglesia. Cómo se practican en esta Iglesia la triple potestad de la misión divina delegada, jurisdicción, magisterio y lícito ejercicio del Orden.

Las partes o tratados de la obra se distribuyen en secciones, y éstas en tesis o en capítulos que se reducen a tesis. En cada una de éstas se pone el enunciado, después los prenotandos y miembros diversos que deben declararse y se indican brevemente y se desatan las objeciones capitales.

No hay sino mirar a la ligera la obra para advertir que en la forma y modo de discutir la materia, difiere de otras Teologías fundamentales u obras del propio género que la presente; su título y partición ostentan, desde luego, un sello característico; sus divisiones y subdivisiones, los textos en griego, de que rebosa el libro, las alusiones frecuentes a la Teología ortodoxa, e Iglesias cismáticas, las notas henchidas de citas, la mención de innumerables obras antiguas y modernas, impresionan gratamente y hacen concebir de la erudición del autor alta idea.

Tres cosas, principalmente, nos parecen originales: la disposición de la obra; el análisis minucioso de los testimonios alegados; la multiplicidad y selección de pruebas. Hállase de tal suerte dispuesta la obra, que unas partes se enlazan lógica y naturalmente con las otras, formando un cuerpo de doctrina unido y compacto; en el segundo volumen, v. gr., a las notas que revelan perpetuamente la Iglesia de Cristo y la aplicación legítima de las mismas a la Católica Romana, sigue el estudio del organismo social de la Iglesia, constituido por sus diversos miembros, y, como continuación, el de la institución episcopal para mantener unidos en doctrina y régimen dichos miembros, y a manera de coronamiento explícase la voz austera e infalible de la Iglesia, que demuestra la imposibilidad de adulterarse la obra de Jesucristo y que no la extraviarán jamás los que la gobiernan. Ni es tan sólo esto: Fijemos la atención en el modo con que se considera el Primado Ro-

mano. Va detrás de las notas de la Iglesia Católica para reforzarlas; constituye, como indica el preclaro autor, la nota de la *Petreidad* de la Iglesia, que pertenece esencialmente a la Apostolicidad, y que única y exclusivamente la posee la Iglesia Católica Romana. Prueba, con lujo de argumentos, que no sólo ésta profesa la verdad de dicho Primado como de fe, sino que la historia patentiza apologéticamente haberla creído la Iglesia indivisa; es a saber, toda la Iglesia antes que desgarraran su seno los cismáticos. Hay que observar que el argumento no se dirige contra los racionalistas, sino contra aquellos que, confesando la misión de Cristo y de su Iglesia, rechazan de una u otra manera la primacía del Papa. El corolario se impone a éstos irremisiblemente: El Pontífice Romano, o el *Pedro de Roma*, como vínculo formal, presta unidad y perpetuidad al Colegio apostólico-episcopal, y viene a ser una nota palmaria de la Iglesia Católico-Romana.

Otro primor de la obra consiste en el análisis circunstanciado de las pruebas y testimonios. Introduce el Rdo. P. d'Herbigny mil divisiones y subdivisiones; pondera las circunstancias externas; pesa el valor y significación de las palabras, todo para determinar el sentido genuino y alcance verdadero de los mismos. San Cipriano, por ejemplo, tiene frases ambiguas contra la autoridad pontificia. A fin de esclarecer su pensamiento, traza algunos rasgos de su vida, manifiesta su apego a la tradición, su pericia en el derecho, mas no en la filosofía, investiga su carácter y disposiciones de ánimo, su conducta antes y después de la acerba contienda con San Esteban, recoge sus opiniones, derramadas en distintos escritos, y de todo ello saca por consecuencia que sostuvo el Primado Romano, aunque en la práctica no lo pareciese, y que se mostró indeciso y poco resuelto en la naturaleza y extensión de esa prerrogativa pontificia.

No menos que la delicadeza del análisis, deslumbra el tesoro de erudición, que encierra el libro. ¡Cuántas citas escriturarias y patrísticas! ¡Cuánta lectura de autores antiguos y modernos! Mas no es una lectura atropellada e indigesta, un amontonar testimonios sin criterio ni discreción. Se observa que el P. d'Herbigny ha convertido en jugo propio lo que ha leído, por la oportuna aplicación que hace de los textos, y por el partido que sabe sacar de ellos, ilustrando y realzando la materia que discute. Léase, por no citar sino un solo caso, y ese cogido al azar, los argumentos aducidos para demostrar, como más probable, que en el Nuevo Testamento no se distinguen estrictamente los nombres de Obispo y Presbítero. Aléganse allí sentencias de escritores latinos, de exégetas griegos, de teólogos, de herejes, testimonios filológicos, discusiones exegéticas. Del Ambrosiaster se mencionan estas palabras: *Primi presbyteri episcopi appellabantur*; de Santo Tomás: *quantum ad nomen... olim non distinguebantur episcopi et presbyteri*. La filología enseña que, etimológicamente, presbítero

equivale a mayor de edad o entrado en años, y así San Lucas llama al hermano del hijo pródigo, presbítero. Las demás pruebas son por el estilo. Quizá se puede echar en cara al ilustre autor que amontona demasiados textos, con peligro de marear a los lectores; pero no que no los entienda, o que no haga, por lo general, una conveniente y feliz aplicación de los mismos.

No juzgamos que esta Teología pueda servir de libro de texto en las aulas por ser excesivamente analítica, y, en ese sentido, menos didáctica; mas los escolares la leerán con fruto y aprovechamiento; descubrirán en ella una cumplida demostración de muchas de las proposiciones que estudian en sus textos, y contribuirá grandemente a disipar las nieblas de dificultades que a veces brotan de la necesaria concisión de los compendios. Los Apologistas y profesores encontrarán allí un arsenal de materias y una guía luminosa en el método que debe emplearse en las explicaciones y desenvolvimiento de los temas.

Algunos tal vez la estimen poco escolástica por no reflejar la manera de ser de otros libros de este linaje que se dedican a la enseñanza; pero adviértase su carácter apologetico, y que, en parte, se endereza contra los racionalistas, a los cuales, y particularmente a Harnack, impugna victoriosamente, y por eso, tal vez, se ata el autor menos al riguroso método escolástico, aunque, en lo esencial, no deja de seguirlo.

En ocasiones, el exagerado desmenuzamiento de las pruebas puede engendrar alguna confusión u obscuridad. Confesamos que en nosotros la produce la explicación del Concilio Calcedoniense, que con tanto cariño y tan por lo largo desenvuelve el insigne P. d' Herbigny para declarar apologeticamente el Primado de Roma como instituido por Cristo. Que sea probable el argumento nadie lo desconocerá; pero que sea cierto y del todo persuasivo no lo vemos con la claridad que desearíamos. Las apelaciones a Roma, los honores del Concilio a los legados pontificios, las frases de acatamiento al Papa, escritas o pronunciadas por los Soberanos o Príncipes, la aceptación de los documentos y sentencias del Pontífice Romano, en una época en que Roma estaba desquiciada y decaída, probarán que los orientales reconocían la superioridad jurisdiccional de S. León I, y que a ello no los movía el poderío de la Roma de entonces; mas que la confesaban como proveniente de Cristo o institución divina no es sino probable. Podían creer que la costumbre o la Iglesia otorgaban aquel poder al Papa, o podían obrar de aquella suerte por conservar la paz con los occidentales, aunque disintieran de ellos en los orígenes del Primado. En el modo de proceder de S. León resplandece con mayor luz la persuasión del Santo de que su Primado de jurisdicción promanaba de Cristo; mas esto no significa ciertamente que los orientales participasen de la misma opinión. Para convencer y concluir a los disidentes, había que demostrar que la Iglesia no tiene derecho de conferir,

quitar o mermar la jurisdicción del Sumo Pontífice de Roma. De los hechos y dichos del Concilio de Calcedonia expuestos por el esclarecido autor, ¿se prueba con certeza y sin vestigio de duda semejante verdad? Aquí acaso discrepan los pareceres.

Reparos son estos que pueden siempre ponerse en esta clase de obras, a pesar de tener, como la presente, un mérito excepcional. Su insigne autor podrá justamente lisonjearse de haber prestado un excelente servicio a la Apologética, a la Teología fundamental y aun a la Iglesia de Jesucristo, columna incombustible y faro esplendoroso de la verdad. La obra en cuanto a su parte material, responde a las exigencias actuales de la Bibliografía, y merece un sincero aplauso.

A. PÉREZ GOYENA.

Corpus Catholicorum. Werke katholischer Schriftsteller im Zeitalter der Glaubensspaltung (Obras de escritores católicos del tiempo de la Reforma).

- 1.—JOHANNES ECK. *Defensio contra amarulentas D. Andreae Bodenstein Carolostatini invectiores* (1518) publicada por José Greving. Münster in Westfalen, 1919. Verlag der Aschendorffeschen Verlagsbuchhandlung, 180 × 260 milímetros, 75 + 96 páginas. Precio 20 marcos.
- 2.—JOHANNES ECK. *Epistola de ratione studiorum suorum* (1538).—ERAS-MUS WOLF. *De obitu Joan. Eckii adversus calumniam Viti Theodoricii* (1543) publicado por Juan Metzler, S. I. Ibid. 1921; 106 páginas, 15 marcos.
- 3.—JOHANNES COCHLAEUS. *Adversus Cucullatum minotaurum Wittenbergensem. De sacramentorum gratia iterum* (1523), publicado por José Schweizer. Ibid. 1920, 66 páginas, 10 marcos.
- 4.—HIERONIMUS EMSER. *De disputatione Lipsicensi, quantum ad Boemos obiter deflexa est* (1519).—A venatione luteriana aegocerotis assertio (1519), publicado por Francisco Javier Thurnhofer. Ibid. 1921, 111 páginas, 15 marcos.

Hace ya muchos lustros que se echaba de menos una colección de las obras que escribieron los católicos en el siglo XVI, para contrarrestar y responder a los escritos de los herejes. Y esto era tanto más necesario, cuanto que aquellas obras escasean y los protestantes se habían adelantado, publicando el *Corpus Reformatorum*, el *Corpus Schwenckfeldianorum* y la edición crítica de las obras de Lutero. Ya se considere el tema de la Reforma desde el punto de vista apologetico, ya se le mire desde el punto de vista histórico, es preciso para conocerlo a fondo, estudiar ambas partes. A los escritos de Lutero, Melanchton, Zwingli y Calvin, hay que

poner el contrapeso de los de Eck, Cochlaeus, Emser, Gropper y otros muchos, alemanes y de otras naciones.

El plan definitivo del *Corpus Catholicorum* se debe al Dr. José Greving, profesor de Historia eclesiástica en la Universidad de Bonn. Lo dió a conocer en 1915, y en 1917 había ya constituido una sociedad que se encargaba de realizarlo, contando con el apoyo intelectual de un gran número de sabios, y con el material del Gobierno y muchas entidades y particulares, que se suscribieron por cantidades, que aseguraban desde un principio el éxito de la empresa.

Pero había todavía otra laguna que llenar de gran trascendencia, por atañer a la parte técnica de la publicación, a saber: la fijación de las reglas que se habían de observar en la edición de los textos, y el Dr. Greving las ha fijado con una minuciosidad muy digna de loa en el cuaderno primero. El fin principal del *Corpus* es reproducir con toda exactitud las obras, según todas las exigencias de la crítica textual, y facilitar con notas aclaratorias su inteligencia. El que haya trabajado en este género de investigaciones, sabrá por experiencia las vacilaciones y dudas que surgen continuamente, si no están muy concretamente establecidos, aun los más pequeños pormenores. En esto ha sido, si cabe, nimio el Dr. Greving. Los fundamentos y líneas generales las ha tomado de Stähling (1); pero como éste escribió su opúsculo principalmente para los que preparan ediciones de textos clásicos o medioeiales, ha tenido que añadir nuevas indicaciones, todas muy acertadas.

Al constituirse la sociedad para la publicación del *Corpus*, fué naturalmente nombrado presidente el Dr. Greving, pero el 6 de mayo de 1919 le sorprendió la muerte, cuando todos esperaban de su talento e iniciativa una fructuosa labor. Inmediatamente se nombró para sustituirle al Prelado Esteban Ehses, director del Instituto de la Görres-Gesellschaft en Roma, bien conocido por la publicación de las Actas del Concilio de Trento, pero dimitió también por no poder atender a la obra, habiendo sido elegido en su lugar el Dr. Erhard, profesor de Historia eclesiástica en la Universidad de Bonn.

Hasta el presente han salido a luz los cuatro cuadernos que anunciamos. El primero contiene la *Defensio* de Juan Eck, profesor de teología en Ingolstadt, contra las invectivas de Andrés Bodenstein von Karlstadt. La ocasión de la obra fué la siguiente. Juan Eck había escrito una réplica contra las 95 tesis redactadas por Lutero en 31 de octubre de 1517 sobre las indulgencias, el Primado, el Purgatorio y otros puntos. Cayó la réplica en manos de Karlstadt, y éste dió a luz 406 tesis, algunas de las cuales iban

(1) Cf. *Metodología y crítica históricas*, por Zacarías García Villada, S. J. Segunda edición refundida y aumentada; Madrid, 1921, pág. 301.

dirigidas contra Eck. Apenas llegó el libro a manos del último, publicó éste su *Defensio*, rebatiendo al adversario. El Dr. Greving reproduce la edición de 1518, aclarándola con importantes notas.

En el segundo cuaderno ofrece el P. Metzler S. J. al público la autobiografía de Juan Eck, fuente interesantísima, para conocer no sólo la vida y estudios del teólogo de Ingolstadt, sino también muchos puntos referentes a la Reforma. Sobre la muerte de este infatigable debelador de la herejía se propalaron las calumnias más fantásticas. A deshacerlas se dirige la carta de Erasmo Wolf recogida en el mismo libro, con muy buen acierto, por el P. Metzler.

El opugnador más decidido de Lutero, su verdadero antípoda, fué Juan Dobeneck von Wendelstein, llamado Coclæus (1479-1552). Gran humanista y teólogo, dirigió sus escritos principalmente a defender contra los ataques del iniciador de la Reforma la gracia de los Sacramentos. En 1522 dió a luz su primer libro *De gratia sacramentorum*. A él respondió Lutero con su estilo mordaz en febrero de 1523; pero la replica no se hizo esperar, pues en la primavera del mismo año contestaba Coclæus en el opúsculo editado en el cuaderno 3 del *Corpus* por Schweizer.

Escribía Coclæus en 27 de septiembre de 1521: *Utinam Lutherο scriptis nemo occurrisset praeter unum Emserum!.. Fatentur omnes Lutherani, quod nemo fortius Lutherum impugnaverit quam ille.* Gerónimo Emser había nacido el 26 de marzo de 1478 y murió el 7 de noviembre de 1527. En 1504 había sido profesor de Lutero, y por algún tiempo reinó entre ambos bastante cordialidad. Pero cuando en 1518 se dió cuenta Emser de los errores de su discípulo, comenzó a guardarse de él. Al entablarse la disputa de Leipzig entre Lutero y Eck, quiso hallarse presente Emser. Procuró desviar a su discípulo de la mala ruta emprendida, y al fin de la contienda declaró sin rebozo que el vencedor había sido Juan Eck. Después de varios incidentes surgidos a propósito de la controversia, se resolvió Emser a dar a luz los dos hermosos escritos, que en el 4.^º cuaderno del *Corpus* presenta al público el Dr. Thurnhofer.

El método seguido por todos los editores es el mismo. Precede una breve advertencia, siguen el índice general y la aclaración de las abreviaturas de las obras citadas. Después viene una introducción sobre el autor y la bibliografía acerca de su escrito. A continuación se imprime el texto críticamente, y al final los índices especiales. Todo está hecho con sumo cuidado y escrupulosidad, y no resta sino felicitar a la dirección y alentar a los colaboradores para que prosigan sin desmayo una obra tan útil a la ciencia y de tanta gloria de Dios y de la Iglesia.

Z. GARCÍA VILLADA.